

HISTORIA DEL OJO

A Arturo Rivera

*Nada en el campo de visión
permite concluir que es visto por un ojo.*

WITTGENSTEIN

Aguanoso, blancuzco en la sombra:

fuelle fofo,

su pulpa en el cartílago del pólipo,
crestado en su esplendor, rampante,
el ojo iza su globo.

No se fía:

está detrás de todo, al alba,
avizor en el limbo de la lengua.

El ojo no otea ninguna imagen;
nombra, toca las cosas, las amasa.

El ojo no se niega nada.

Irritable y promiscuo, hurga en su alvéolo,
se entreabre y se eriza.

En el fondo del ojo crece
una vegetación oscura e intrincada.

¿Conoce el ojo la fórmula de su perfume?

El ojo paladea su paletada pródiga,
echa a volar su desbandada de fosfenos.

Nada deja al garete:

es un pez, una ostra, un fruto,
un pezón levantado de mujer.

El ojo excava su óvalo, su lámina.

Y no hay cosa: racimo, polen, flor
que no afine en el tímpano del ojo.



Tiresias

El ojo no se inmuta: tasta.
Frota, hirsuto, su lomo
 contra
el cercado de vidrios de la noche.
Al fin, como en un estallido,
el ojo cabecea.
Cejjunto en el sueño
siembra un aro de sombra
en el fiel del espejo.
Pero ya clarea en su yema.
Y el ojo, opaco, ocluido, se desfonda
como un saco colmado de fragmentos hostiles.
Inconexo, infrangible ya,
el ojo se deshace de cuanto le incumbía,
se arrebatata y se nubla
—cuarzo, luna llena trizada—.
Y va y se aboca al moho,
al cuenco de la nada,
y se anega en su sombra
y en un espasmo borra sus sentidos.